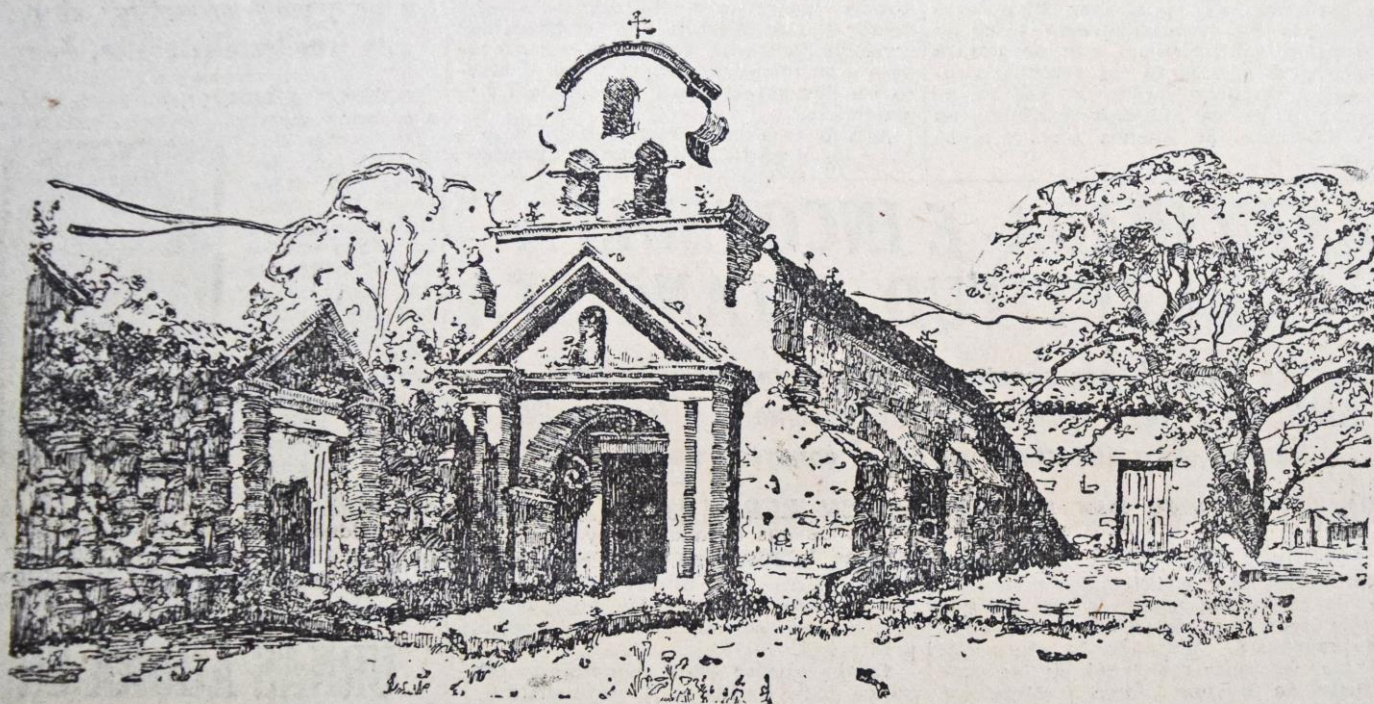


# LA IGLESIA DE LA CANDELARIA EN CRUZ DEL EJE

## UN HERMOSO ESTUDIO A PLUMA DEL TEMPLO



Un estudio a pluma de la iglesia, realizado por el autor de la nota

*Fue levantada en  
1660 por los jesuitas*

Por **Juan Kronfuss**

Especial para Los Principios

En 1660, el espíritu emprendedor de los misioneros jesuitas, buscando expansión a sus visiones románticas, abandonó la llanura e incursionando en la montaña, llevó a un rincón apartado de nuestras serranías, los prestigios de su orden y su fe. Allí en la más pavo-

rosa soledad, enclavaron la cruz y echaron los cimientos del primer templo que el cristianismo elevaba en aquellas comarcas para adoración de su Dios. Tal fue el origen de la capilla que lleva el nombre de nuestra Señora de la Luz o de La Candelaria y que hoy todavía puede admirarse, como una de las reliquias indicadoras de una época en que varones fuertes, en el afán de difundir sus ideales, vencían todos los obstáculos y salvaban todas las vallas que la naturaleza y el hombre pudieran oponer a sus designios.

El camino que conducía a estos lugares, tan lejanos de toda población, hoy ha desaparecido y, antiguos vecinos, su trazado pasaba

por Cosquín a Candelaria; en la actualidad, existe una vía accidentada que obliga al viajero a cruzar varios ríos, dos de los cuales, el Pinto y Paso Bravo, después de las lluvias, tan frecuentes en esos parajes, se convierten en verdaderos torrentes imposibles de ser franqueados por los medios comunes de transporte.

Al fundar la capilla, los misioneros no olvidaron que como complemento a la vida que allí tendrían que llevar, era indispensable arbitrar los medios necesarios para la subsistencia, y a ese fin fundaron una estancia para la cría de diversas clases de ganado, con preferencia del mular, de gran utilidad en aquel entonces; al lanar y a la cría de cabras prestaron también su dedicación. Las mulas, servían para el transporte o la venta, pues en aquella época, Bolivia era un fuerte mercado en el comercio de esta clase; los lanares se utilizaban para hacer de su lana las telas necesarias para los abrigos, a cuyo efecto dentro de la misma comunidad existían los telares; con los cueros de las cabras fabricaban los calzados.

En las huertas y chacras que poseían, cultivaban todos los productos alimenticios para el consumo.

La estancia tiene que haber sido de gran importancia a juzgar por las construcciones existente, de las cuales acompaño una planta para mejor ilustración [*No fue incluida en la nota*].

La capilla, juntamente con las celdas de los jesuitas y el granero, formaban un solo cuerpo de edificio, comunicándose las habitaciones directamente por medio de las galerías con la sacristía y el campanario; no existían ventanas al exterior, siendo sus únicas aberturas las puertas que daban sobre las galerías, de esta manera formaba el conjunto de la capilla con las habitaciones alrededor del patio un recinto cerrado construido de piedra, con una sola salida al atrio de la capilla y otra por el portón de la misma; su aspecto exterior, semeja una pequeña fortaleza, que hace suponer a quien la contempla que fue construida así en previsión de posibles ataques de parte de algunas tribus que, aunque escasas, habitaban esas regiones.

Separadas del cuerpo principal del edificio había otras construcciones, especies de enramadas, hechas con troncos de árboles y tachadas con pajas, destinadas al abrigo del ganado y los indios encargados de cuidarlo.

En el año 1660 época de fundación, las sierras estaban colmadas de extensos y espesos montes, casi impenetrables, lo que impide suponer que ellos pudieran haber sido surcados conduciendo cargas pesadas y paños largos. Lógico es pensar que el tráfico se haya hecho por pequeñas sendas y utilizando como transporte el lomo de la mula; esta circunstancia obligó a los constructores a buscar el recurso en el propio suelo y de él extrajeron la piedra y la arena necesaria, conduciendo de otros lugares por intermedio de mulas la cal indispensable para obtener un mortero muy pobre; con ese mortero y juntando piedra no labrada iniciaron la construcción de muros en los cuales el espesor debía suplir la falta de traba; esto fue ejecutado sin mayor dificultad; no ocurrió igual con los techos, cuya construcción demandaba vencer grandes inconvenientes al construir una bóveda con piedra no labrada, ya que otra clase de cubierta no era posible, en atención a que en aquellos parajes no se conseguía maderas que fueran aptas para una ejecución a base de cerchas; ante este problema los constructores hallaron como solución, adosar a los muros potentes contrafuertes que contrarrestaran el empuje de la bóveda. El tiempo ha respetado los muros y contrafuertes, pero no así la bóveda que, con sus piedras y su mezcla pobre, hace ya muchos años se derrumbó para ser reemplazada más tarde por un techo de cabreada en tejas españolas, todo lo cual fue transportado con grandes dificultades hasta el lugar de la obra.

Los contrafuertes estaban destinados también a contener los nichos que en su interior se hacían, los huesos de los muertos, eran sacados de sus tumbas a medida que precisaban espacio libre para sepultar nuevos cadáveres. Las sepulturas eran construidas a lo largo del muro exterior, entre los contrafuertes, limitándolas por el lado libre con un pequeño murete de piedra que cerraba el recinto; esta clase de tumbas construidas a flor de tierra, era en parte, impuesta por las circuns

tancias, pues la naturaleza rocosa del suelo dificultaba grandemente la excavación.

La capilla tiene 14 metros de largo por 4,50 d ancho, y conserva en su interior la forma original del altar, donde puede observarse aún un rico tabernáculo tallado, la baranda de lo que fue el comulgatorio y un curioso armario en la sacristía; el resto del abundante ornato que, según las gentes del lugar, tenía, ha sido desaparecido poco a poco destruido por los años.

Los Principios, jueves 12 de noviembre de 1931.

Transcripta por [www.capillasytemplos.com.ar](http://www.capillasytemplos.com.ar)  
23 de abril de 2019.

El frente de la capilla ha sido reparado, pero desgraciadamente ello se confió a manos inexpertas que le han hecho perder el sello de antiguo que constituía su mayor encanto.

Y allá, en la montaña, en un lugar de ensueño, queda ese viejo santuario como un testimonio transmitido a través de los tiempos, de lo que puede ser el esfuerzo humano cuando ha sido puesto al servicio de un noble ideal.

Córdoba, noviembre de 1931